Notas panameñas

J. D. MOSCOTE

Hombres y obras

Introducción

LA ausencia casi total de vinculaciones materiales y morales entre los países de Hispano-America, dícese que es debida, en gran parte, a invencibles dificultades de comunicación, lo que no obsta, sin embargo, para que ellos conozcan más de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, bastante separados de nuestro continente, que de todas y cada una de las naciones que pueblan esta vasta extensión de territorio situada al sur del Río Grande del Norte.

¿Cuál es la explicación que corresponde a este hecho tan notorio? ¿Cómo es que los miembros de una misma familia se desconocen a tal extremo que ninguno de ellos sabe nada o casi nada de la historia de los otros, del estado de su cultura, de sus recursos materiales y morales, de sus instituciones y de sus hombres? En nuestro sentir no es difícil dar la respuesta satisfactoria que el caso exige, y para ello es necesario comenzar por descartar inmediatamente la tan ponderada dificultad de las comunicaciones que con ser cierta jamás ha entorpecido el intercambio de vida que debe existir entre nuestros pueblos americanos en el grado que de modo errado se supone.

Los que en América pueden salvar las fronteras de sus respectivos países y ponerse en contacto con sus hermanos de los pueblos limítrofes o más apartados son, por lo general, dos clases de personas cuyo número no puede apreciarse estadísticamente, pero que por limitado que sea no deja de ser apreciable ni de concurrir a demostrar que así como unos pocos salvan los obstáculos que los viajes a relativas grandes distancias ofrecen podrían salvarlos muchos más si los atrajera el incentivo que provoca ordinariamente la emigración en grandes masas humanas o tuviesen razones de un orden más elevado. Por un lado tenemos los desheredados de toda fortuna, gentes de mar, obreros de muelles, artesanos de escasa clientela en sus parroquias locales que se trasladan con más o menos facilidad de un país a otro a lo largo de las costas de ambos mares buscando mejores condiciones de trabajo con que poder subvenir a sus elementales necesidades diarias. Muchas veces esta clase de individuos sólo es movida por el mero placer de correr locas aventuras lejos de su casa solariega y de sus amigos. Por el otro lado, son comerciantes adinerados que viajan por distracción o en virtud de que así se lo exigen sus negocios, y agentes consulares y diplomáticos que, salvo casos muy excepcionales, sólo tienen interés en cobrar los crecidos sueldos que la generosidad de sus protectores les ha asignado. Ninguna de estas clases de personas tiene jamás en mira al desprenderse de su país el estudio detenido de las condiciones de civilización del pueblo en donde fijan su residencia transitoria o permanentemente. Ya es porque no tienen tiempo para ello, ni entienden de estas cosas, como es el caso de la primera, ya porque teniéndolo, como sucede con la segunda, no son aguijoneadas por ninguna otra cosa que por sus egoístas intereses. Una tercera clase de personas hay que, a pesar de lo alto de los pasajes que las compañías de vapores cobran «encuentran», no obstante, cómo pagarlos: la componen uno que otro periodista desorientado en cuanto a las verdaderas necesidades de nuestra América o tal cual «apolonida», como suelen llamarse ellos mismos, que, cansados de arrastrar en su pueblo la tristeza de su bohemia, se mudan a otras partes tras la conquista de ideales que todos nos sabemos.

Por lo que antecede puédese llegar a deducir que las dificultades de comunicación, tan exageradas, no tienen mucho que ver, como se supone, con esa especie de aislamiento espiritual e intelectual en que viven estos países, unos respecto de otros. Si los elementos sociales menos capacitados, menos caracterizados, las salvan incitados por motivos

muy respetables, sin duda, pero no tanto como aquellos que consisten en el estudio y observación de lo que ya hemos dicho al principio, es decir, de la historia, de las instituciones, de los hombres etc., de esto, sí, que es primario, esencial e indispensable en lo que hace relación al verdadero conocimiento de un pueblo y de su grado de civilización, ¿cómo no pueden hacer otro tanto aquellos a quienes de derecho corresponde la dirección espiritual de estas nacionalidades? ¿Por qué los hombres de pensamiento, que sí los hay en Sur América, no bajan de la egoística torre de marfil en que de ordinario viven encerrados para observar por sí mismos la realidad social que no debe ser por ningún motivo extraña a sus preocupaciones? ¿Por qué los hombres de letras, los estadistas y los sociólogos no aplican al estudio de los problemas sociales, económicos y políticos el método comparativo, tan fecundo en resultados cuando de la ciencia del gobierno se trata? Después de haber estudiado los grandes maestros del pensamiento europeo y norteamericano y las instituciones de sus respectivos pueblos, no hay alguna utilidad en saber cómo se realizan en nuestro medio sus ideas y qué variantes y matices la experiencia ha hecho necesario introducir en ellos?

No podemos presumir siquiera qué importancia se les dé a estas sugestiones de parte de aquellos a quienes directamente se dirigen, pero sí estamos muy convencidos de que un cambio radical tendrá que operarse en el sistema de nuestras relaciones internacionales si es que queremos conocernos, apreciarnos y hacernos recíproca justicia. Probablemente nada pueda hacerse para evitar que gentes superficiales, sin criterio y sin capacidad ninguna de observación vayan y vengan, como gusten, de uno a otro de nuestros países. Están en su derecho, y además los tiempos que corren no son para aconsejar restricciones de ninguna clase en el uso legítimo de la libertad de cada cual; pero permítasenos que clamemos muy alto por que los agentes de la nueva cruzada que pronto va a ser emprendida, para decirlo és. tamos en nuestro derecho, no sean los señorones de la política, ni los mentados «apolonidas», ni los militares, ni elemento alguno que tenga vínculos con el tradicionalismo rancio que bajo diversas formas roe el alma de estos pueblos prematuramente envejecidos, cuando debieran gozar de una vida plena de optimismo de libertad y de energía sana. Nosotros fijamos nuestros ojos en los profesores de idealismo práctico y utilitario, en los hombres de acción. El porvenir de América está en sus manos.

Mientras tanto, desde este pequeño mundo estimulamos con nuestro ejemplo los llamados a hacer cosas mejores. Esta sección, que denominamos «Hombres y obras», será una muestra objetiva de la vitalidad de nuestra República desde el punto de vista de sus hombres, de su amor al progreso y de los problemas sociales en que ahora se halla empeñada.

Dr. Belisario Porras

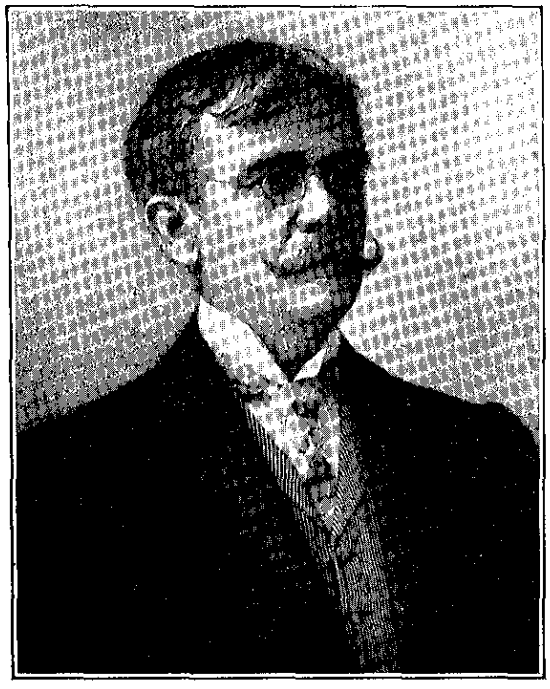
Damos el puesto de honor de esta sección de nuestro magazine al bosquejo de la personalidad del doctor Belisario Porras, jefe actualmente del Ejecutivo nacional panameño. Esta distinción, si lo es, no responde a propósito disimulado de lisonja—los de CUASIMODO no saben ser lisonjeros—sino al cumplimiento de un simple deber de cortesía que una breve reflexión justifica.

Nuestro presidente es uno de esos hombres singulares que de tiempo en tiempo aparecen en el seno de los pueblos, dijérase que para ser el centro obligado de la atención pública de sus contemporáneos, ya por las simpatías que despiertan ante las persecuciones de que por lo común son víctimas, ya por los odios y reacciones que inspiran cuando, a su vez, actúan de triunfadores. En efecto, sobre él ha pasado el oleaje terrible de venenosas cóleras, y ahogado literalmente en un mar de desgracias ha salido de ellas convertido en un ídolo amado hasta de los mismos que le precipitaron y en su dolor se complacieron. Un hombre así, que debe de conservar fresco el recuerdo de tantas vicisitudes, que posee un talento muy claro, que ha leído y viajado mucho, que conoce a los hombres y es suspicaz, nervioso, apasionado y de temperamento dominador, tiene que haber realizado muchas y bellas acciones a la vez que cometido graves faltas y grandes errores. Un análisis de la total actuación del doctor Porras, una valoración justiciera de su vida pública, sería, a no dudarlo, un tema interesante para cualquiera que lo pudiese abordar con ánimo imparcial y tranquilo, porque en sus hechos tiene que haber, por fuerza, mucha psicología digna de ser estudiada para advertencia y orientación de los jóvenes que ahora comienzan el camino peligroso de la política istmeña.

Desgraciadamente todo estudio y toda enseñanza que de él se desprendiera serían casi inútiles en las condiciones de moralidad en que el país se encuentra. Los que sólo tienen que ver con los intereses transitorios de la política bastarda y son sus be-

neficiarios habituales, han cegado las fuentes que podrían servir de inspiración al investigador honrado, anticipándose con precipitud culpable a emitir juicios apasionados, hiperbólicos y contradictorios acerca del hombre y su obra que no dejan lugar a otra salida que a la de considerarlo como un semidiós o como un hombre cualquiera. La posteridad tendrá, pues, que escudriñar mucho para saber hasta qué punto el doctor Porras fue devoto o dejó de serlo de la virtud de la con ecuencia, vacilará no poco antes de decir c mo entendió la d mocracia, cómo amó la república o cuál fue la virtud cardinal de su agitada vida, la que le dió mayor relieve a su personalidad, la que le imprimió carácter, digamos así, y le conquistó un puesto en las páginas de la historia.

Ahora bien, si todo lo anterior es verdad, ¿qué puede hacer la voluntad mejor dispuesta a la imparcialidad para aislar y definir los actos y las características psíquicas del hombre que desde hace algún tempo tiene fijada su mansión en el capitolio nacional? La tarea es ardua y seguramente superior a nuestras fuerzas y hasta tememos estar ya contagiados del apasionamiento insano que flota por doquiera en el ambiente social que nos rodea. Nos resistimos, pues, a abordar estas cuestiones que trascienden de la intención con que hemos com nzado este pretendido esbozo.



DR. BELISARIO PORRAS
Primer Designado encargado de la Presidencia de la República

Pero ¿es que todo esto quiere decir que vamos a quedar en que la personalidad del doctor Porras, en fuerza de ser tan discutida, traída y llevada es una personalidad indefinible? De ninguna manera. El hombre que por tal hombre ha podido faltar y errar, cuya actuación política, que dura todavía, está, por lo mismo, sujeta a contrarias interpretaciones, bien puede haber dado ya muestras inequívocas de un positivo valer en la apreciación del cual no sea posible la disparidad de opiniones. Así, cualquiera que sea el juicio que la posteridad emita acerca de la obra política y social de nuestro actual presidente, habrá de decir de él que fue, como efectivamente lo es, un espíritu progresista y enérgico con energía indomable; que sus hechos de gobernante lo acreditaron, como en realidad lo acreditan, de poseer clara comprensión de los problemas vitales de que pende la suerte del país; que poseyó, como es evidente que las posee, grandes ambiciones—legítimas—de dejar su nombre vinculado a útiles reformas administrativas necesarias para el progreso económico de la nación, dirá, en fin, la historia lo en que ahora parecen estar ya de acuerdo sus contemporáneos, a saber, que fue uno de los más distinguidos istmeños de los últimos cincuenta años.

A nosotros no nos place bosquejar la vida de un hombre de verdadera significación a la manera usual que consiste en comenzar por hacer resaltar la humildad, muchas veces apócrifa, de la cuna que meció sus primeros días; en narrar, luego, con prolijidad de detalles, los accidentes y circunstancias de los días de colegio — días blancos, si los hay — en que las acciones humanas carecen de intención y de color, y al fin agregar que, por sus propios esfuerzos — la frase es engañosa — llegó a conquistar determinadas alturas oficiales. Estas vidas comunes, adocenadas, a base de empleos públicos, mendigados casi siempre, carecen de interés. Tras ella se amparan, como es natural, pobres valores morales que necesitan el oropel de las posiciones para brillar siquiera sea efímeramente . . He aquí por qué hemos preferido nuestra manera que es la de hacer a un lado todo convencionalismo y conceder en lo posible mayor importancia a las características psíquicas, a hechos evidentes, que no den la ilusión de que nos la habemos con seres sobrenaturales, sino con

neficiarios habituales, han cegado las fuentes que podrían servir de inspiración al investigador honrado, anticipándose con precipitud culpable a emitir juicios apasionados, hiperbólicos y contradictorios acerca del hombre y su obra que no dejan lugar a otra salida que a la de considerarlo como un semidiós o como un hombre cualquiera. La posteridad tendrá, pues, que escudriñar mucho para saber hasta qué punto el doctor Porras fue devoto o dejó de serlo de la virtud

cualquiera que sea el juicio que la posteridad emita acerca de la obra política y social de nuestro actual presidente, habrá de decir de él que fue, como efectivamente lo es, un espíritu progresista y enérgico con energía indomable; que sus hechos de gobernante lo acreditaron, como en realidad lo acreditan, de poseer clara comprensión de los problemas vitales de que pende la suerte del país; que poseyó, como es evidente que las posee, grandes ambiciones—

simples seres humanos de carne y hueso capaces de caerse, levantarse y redimirse.

Con este procedimiento el doctor Belisario Porras, Presidente de la República de Panamá, que aquí hemos tratado de bosquejar, no resultará a nuestros propios ojos como un sér fantástico o ideal; y a los de los extraños a quienes CUASIMODO lleve el mensaje de estas líneas les parecerá lo que en verdad es este ilustrado compatriota: un hombre de méritos positivos que honra el sitio que ocupa y es digno de figurar en la galería de los presidentes americanos.

Para el fin que hemos tenido en miras bastan los párrafos que preceden. De insistir en otros rasgos característicos de nuestro presidente señalaríamos de manera especial su exquisito donde gentes, su charla amena, insinuante, pintoresca y siempre animada con que sabe ganarse a todos los que se le acercan; diríamos algo de su genio jovial, de su refinada sensibilidad, de sus grandes cóleras y de sus grandes complacencias con tanto espíritu mediocre e incoloro como sube y baja a diario las pacientes gradas del capitolio; pero tendríamos también que erigirnos en maestros consumados de psicología individual práctica para determinar con exactitud cuáles de estas condiciones suyas de corte intelectual y afectivo, son el producto natural y espontáneo de su psiquis y cuáles de una autoeducación, constante, esmerada y sistemática. Nosotros, que no somos maestros de psicología, ni de nada, sino pobres observadores de las cosas de más bulto que giran a nuestro alrededor, juramos que fracasaríamos si nos diéramos a tales empeños. Es una lástima, porque a la mitad, por lo menos, de estas cualidades, aparentemente exteriores e insignificantes, debe el doctor Porras los mejores triunfos de su larga carrera de hombre público.

Dr. Eusebio A. Morales

Advertimos ahora que el encargo que se nos ha confiado de llenar estas páginas de CUASIMODO es una empresa demasiado peligrosa. Tenemos que hablar de hombres y cosas, de hechos e instituciones, los cuales o nos quedan muy lejos o nos rozan muy de cerca. De tal o cual personaje de los que por aquí desfilarán hemos recibido ciertos favores personales o nos han hecho la justicia que en ocasiones hemos merecido («justicia» y «favor» suelen ser para muchos dos conceptos de idéntica significación y quien alguna vez fue tratado justamente no tiene derecho, piensan, a portarse de otra manera que como un eterno favorecido). Tal o cual otro parece como que quiso probarnos con su conducta que el que transita habitualmente por el camino recto del bien no tiene derecho a gozar de consideraciones y respeto sino a resignarse pacientemente a la triste amargura de las desilusiones. Y como si todo esto no fuera ya bastante para limitar en cierto modo el libre manifestarse de nuestras ideas, viene a empeorar nuestro estado la variedad de caracteres y gustos de los lectores con quienes habremos de ponernos en contacto. Aquí en casa se nos exigirá que puesto que esta sección, especialmente consagrada a Panamá, será algo así como una exposición permanente de valores materiales y morales, en ella debe figurar lo mejor que tengamos (queda entendida la relatividad del concepto «mejor», y es obvio que por mucha que sea nuestra ecuanimidad ella no alcanza para dejar a todos satisfechos.) Los de fuera creerán, tal vez, que les vamos a exagerar esos valores y en consecuencia se permitirán dudar de nuestra lealtad para con ellos. Póngasele a todo esto la sal que no podía faltarle las quisquillosidades nacionalistas, las rencillas nacidas de la politiquería, las antipatías gratuitas, las vanidades de los grandes y las de los chicos que quieren serlo y ya podrá cualquiera, por pesado que sea de imaginación, calcular cuán infelices nos sentimos y sólo por habernos metido a ayudar a este iluso de CUASIMODO a repicar su campana.

Con todo, nos hacemos el ánimo que nos falta y seguimos adelante.

El doctor Eusebio A. Morales, que colabora en este número con su magnífico trabajo sobre las doctrinas bolchevistas puestas en práctica en la flamante república rusa, es un caballero cuyas cualidades intelectuales serían el orgullo de cualquiera de los países suramericanos; lo que no permite, sin embargo, que digamos de él que es un polígrafo eminente como hay algunos, a quienes el vulgo ignaro adjudica con demasiada facilidad el grave nombre de sabios, pues no nos consta que en dominio ninguno del saber, ni aun en el de las ciencias políticas, que es una de las disciplinas de su predilección, haya pretendido aportar un solo concepto nuevo por el que la humanidad deba estarle agradecida. El doctor Morales no sólo no ha contribuído en forma alguna al progreso de la ciencia, sino que tampoco ha publicado nada hasta ahora, y lleva vividos más de cincuenta años, que pueda considerarse como trabajo de valor definitivo.

En ridículo quedaría, pues, si imitando a ciertos vanidosos escritores de menor cuantía le diese por hablar de sus «obras» o de sus «libros», expresiones un si es no es jactanciosas con que no pocos quieren engañarse y engañar a los demás.

¿Qué ha hecho entonces el doctor Morales para merecer el elogioso juicio con que ya le hemos regalado?

Honradamente confesamos que nos sentimos presa de cierto temor al tratar de absolver esta inquisición que nos hemos propuesto, porque es, en verdad, cosa muy enojosa la de ponderarle a gentes de bien, no acostumbradas al engaño, que esperan de nosotros sinceridad y buena fe en la emisión de nuestros pensamientos, la intelectualidad de una persona confesándole, a la vez, que no existen las pruebas que serían elementales en favor de sus supuestos méritos. Nuestro temor aumenta todavía, a pesar de ser ya grande, cuando, como es el caso presente, no podemos disimular más y nos vemos obligados a exteriorizar la única razón que podemos dar en apoyo de nuestra opinión: En donde el doctor Morales ha conquistado las ejecutorias en virtud de las cuales el consenso de los hombres inteligentes le es favorable para declararlo un intelectual verdaderamente distinguido es en el campo de la política práctica. Es verdad, desde luego, que nadie osará negar, que este compatriota, que ha sido un político militante y, por lo mismo, puede ser tachado de poseer todos los defectos propios de la especie, tiene también a su favor la circunstancia de ser un político en cierto modo idealista, en el sentido de que ha sabido ilustrar los numerosos puestos públicos que ha ejercido considerándolos no como simples medios de ganarse más o menos cómodamente la vida sino como ocasiones de trabajar por el mejoramiento de las condiciones materiales y morales de la comunidad istmeña.

Así se explica que la labor que un hombre de sus condiciones de inteligencia, estudioso y de gran facultad asimilativa, ha debido realizar en el libro la haya realizado el estadista en los ministerios, el legislador en los congresos y el escritor público en la prensa diaria. Quienquiera que haya seguido de cerca las diversas manifestaciones de la vida política, administrativa y cultural del país, desde su separación de Colombia, sabe que es absolutamente cierto que casi no hay rama de la administración pública que no se haya beneficiado en alguna manera de las actividades inteligentes del doctor Morales, que no hay ni ha habido problema de real importancia para el bienestar de la nación a que él no haya llevado su contingente de luces y de experiencia, ora con un manifiesto elocuente, ora con un informe sesudo y conciso en sus términos, ya, en fin, con proyectos de leyes bien meditados en materia política, económica y de instrucción pública que siempre han respondido a premiosas necesidades del progreso nacional. Su labor periodística, especialmente, es más considerable de lo que generalmente se piensa. Así, no hay tampoco asunto de los que pueden y deben ser ventilados públicamente en una democracia que él no haya estudiado con criterio penetrante y expuesto en las formas rígidas de una expresión literaria casi perfecta. Su fama de ser el primer editorialista que tiene el país no es de ninguna manera exagerada. El doctor Morales, realmente, no ha publicado ningún libro, no tiene «obras»; pero el día que él mismo o alguien se tome el trabajo de coleccionar los materiales dispersos de su labor, que por ahí andan, resultará que ha escrito páginas que no caben en las dimensiones de un verdadero libro.

A pesar de estos simpáticos antecedentes, el doctor Morales, que en filosofía parece ser discípulo de Bacon, de Emerson y amigo de todos los grandes individualistas, no sabemos si de Nietzche también, es seco con las multitudes por las cuales, si no estamos equivocados, no siente un gran cariño. No creemos que tal actitud suya sea fruto de sus estudios y de sus reflexiones. El mejór medio de comprender la psicología de las masas y de poder ayudarlas en su educación y en su perfeccionamiento no es el de alejarse de ellas, sino, por el contrario, el de acercárseles para sorprender en su trato frecuente cuáles son sus vicios y virtudes y estar en capacidad de determinar con acierto las normas directivas a que debe someterse el funcionamiento del Estado en sus relaciones con los elementos más pobres y desvalidos de la sociedad humana. Preferimos pensar que esa actitud fría del doctor Morales hacia las masas es un producto de su temperamento y de su carácter y de ningún modo de sus ideas. Si así no fuera nos hallaríamos en presencia de un intelectual extraño, su liberalismo sería un liberalismo indescifrable y el hombre que ha dedicado gran parte de su vida a actividades de alcance social nos resultaría a la postre un ser profundamente ensimismado y egoísta. En uno u otro caso, nos explicamos perfectamente la actitud que, a su vez, las masas observan con él.

Sres. J. B. Duncan y Octavio Méndez P.

Nos producimos con toda franqueza, a pesar de nuestra confianza ilimitada en los destinos de la juventud y de la inagotable reserva de optimismo de que nos haliamos provistos para juzgar de las cosas en que la inteligencia y la voluntad de los hombres intervienen como factores importantes, momentos hay en que la duda quiere apoderarse de nuestro entendimiento y en que tal parece como que la fe se alejara de nosotros. Así sucede cuando pensamos en lo que pueda ser la obra futura de la pléyade de jóvenes que generosamente auxiliados por la nación tomaron durante largos años en las más puras fuentes de la sabiduría las aguas lustrales de una preparación literaria y científica exquisita.

Nuestras aprehensiones, es claro, no se fundan en la falta de capacidad de dichos jóvenes para afrontar, por su parte, la solución de los problemas fundamentales que el progreso del país va planteando a cada nueva generación, ni se funda tampoco en que creamos que ellos carecen de la virtud de un patriotismo bien templado por la historia y por la reflexión personal para cumplir concienzudamente todos los deberes cívicos que la convivencia política les exija. Se puede ser un letrado muy distinguido, un hábil ingeniero o un matemático excelente, un eminente jurista, un pedagogo de gran distinción y poseer además la voluntad mejor dispuesta para ser un elemento verdaderamente útil del organismo a que se pertenece sin que por eso pueda asegurarse que quien tales cualidades posee sea efectivamente ese elemento que quiere ser, y que acaso sea de esperarse, si falta, como es frecuente en nuestras democracias, la colaboración consciente o inconsciente de otros elementos llamados a ello.

SR. JEPTHA B. DUNCAN
Subsecretario de Instrucción Pública encargado del Despacho

Esta consideración es la causa de nuestras inquietudes. Las condiciones generales que prevalecen en todos los respectos sociales y morales en el país son tan poco consoladoras, que se nos hace cuesta arriba pensar que con ellas sea posible a la juventud que comienza a tomar su parte de responsabilidad en la conducción de los negocios públicos salir airosa en el cumplimiento de su patriótico cometido. Otras serían las perspectivas, si en vez de un ambiente hostil a todo noble idealismo reinara por doquiera la inspiración que es el buen ejemplo de aquellos que más obligados están a darlo en todos los momentos de su existencia ciudadana, si en vez del engaño y del descoco, moneda muy corriente en las relaciones cuotidianas, prevaleciese siempre el respeto a la palabra empeñada, la moderación y la justicia en las relaciones de los funcionarios públicos con los particulares y en las de éstos para con aquéllos, la lealtad, en fin, de parte de todos, de los que están arriba y de los que están abajo.

Empero no hay que concluir precipitadamente que estamos cargando de muy densas nubes el espectáculo moral que tenemos ante nuestra vista. Bien sabemos que a pesar de todos los signos contrarios que marca el reloj del tiempo hay halagüeñas promesas que alientan fundadas esperanzas. Entre la juventud universitaria a que hemos aludido hay ciertamente ya quienes no han resistido la prueba del medio y quienes habiendo sido sometidos a la terrible prueba del peso y la medida han sido hallados faltos; pero hay también quienes han sabido mantenerse, si no absolutamente puros e incontaminados, sí, por lo menos, bastante por encima del nivel ordinario en que se hallan otros que junto con ellos o antes emprendieron el camino de la vida pública.

Queremos llamar la atención hoy sobre los distinguidos jóvenes Jeptha B. Duncan y Octavio Méndez Pereira, Subsecretario de Instrucción Pública, encargado del despacho del ramo el primero, y Rector del Instituto Nacional el segundo. Ambos colaboran con

nosotros en este número de CUASIMODO y esta es la razón por la cual los hacemos objeto de esta nota en cierto modo crítica. Sus trabajos «Los grandes problemas de la educación moderna» y «Evolución cívica e intelectual de Chile», que se leerán en otro lugar, corresponden, en términos generales, a sus conocidas capacidades.

¿Qué podemos decir de estos jóvenes hallándonos en tan particular situación con respecto a cada uno de ellos? ¿Tendremos toda la independencia de espíritu necesaria para juzgar la obra que han llevado o estén llevando a cabo, y para referirnos, por ejemplo, al señor Duncan de quien tantas pruebas de amistad sincera hemos recibido, que fue crítico generoso de nuestra modestísima colección de artículos titulada «Páginas idealistas» y que, por añadidura, es nuestro superior jerárquico en el ramo de Instrucción Pública? Puede ser que sí y puede ser que no la tengamos. En todo caso para estar en el menor riesgo posible de caer en imparcialidad seremos muy breves.

El señor Duncan, como hombre de letras, es un verdadero «schollar», un cultivador fervoroso de las literaturas clásicas, las cuales conoce con profundidad y ama apasionadamente. Las características de su personalidad literaria, ya bien definidas, son el producto natural y lógico de su larga y esmerada preparación universitaria en la Sorbona bajo sabios maestros que le transmitieron su ciencia y sus métodos. La impresión que inmediatamente da cualquier trabajo suyo es la de que nos encontramos en presencia de un literato de corte académico cuyas trojes intelectuales están repletas de erudición y de [illegible] cosas interesantes para el pensa-

especialmente en sus estudios de crítica literaria publicados en «La Revista Nueva», estudios todos tan objetivos, tan escrupulosamente circunstanciados que siempre hemos pensado que la pesada impedimenta de las citas y de las acotaciones que llevan no pueden menos que hacer daño a la espontaneidad del autor, restándole calor y vida a sus estudios. Sin embargo, esto no es un defecto, es, sencillamente, una manera, un método; si se quiere reacción extrema en contra del subjetivismo de la época romántica que hacía las delicias de los críticos de entonces.

SR. OCTAVIO MENDEZ PEREIRA
Rector del Instituto Nacional

Las letras, en fin, a que el señor Duncan se da con toda su alma no tienen nada que ver con la jerga insustancial en que tan fraternalmente se entiende toda esa casta de desocupados que habitan el barrio bajo de la literatura contemporánea. El título de li-
[illegible] de la Universidad de París que

desmantelados pueblucho del interior, donde realizó sus trabajos sanitarios para librar al país de los terribles efectos de la uncinariasis.

He aquí ahora, lo que el Dr. Burres nos dijo del resultado de sus trabajos:

—Llegué al Istmo de Panamá en el año 1915, para encargarme del Departamento de Uncinariasis, enviado por la Junta Internacional de Sanidad de la Fundación Rockefeller. Esta Institución es puramente filantrópica y no tiene nada que ver con la política de ningún país; es la fundación más grande y rica de tal naturaleza, como que posee un capital de unos 130.000,000 de dólares. Está trabajando en casi todo el mundo para combatir especialmente las enfermedades tropicales, y para mejorar las condiciones sanitarias y por consiguiente, económicas, de los países en donde trabaja. Panamá es uno de los países donde hemos llevado a cabo estos trabajos en regular escala, principalmente combatiendo la enfermedad conocida con el nombre de uncinariasis, y llevando a cabo al mismo tiempo, por medio de conferencias y "literatura", una campaña de instrucción sobre la higiene personal y la sanidad pública.

—En el interior de Panamá—nos dijo—están infectados con la uncinaria casi el 80 por ciento de los habitantes. Verdad es que la mayoría de ellos son infecciones ligeras, pero hay miles de casos en que se presentan síntomas graves. Esta enfermedad, lenta en su desarrollo, no asusta a los habitantes ni llama la atención como la epidemia de viruela, fiebre amarilla u otra enfermedad espectacular; sin embargo, sus efectos son mucho más profundos, porque debilita la raza, destruye las fuerzas para trabajar y la ambición personal para prosperar; así que atenderla es de suma importancia económica, como se comprenderá, para el país. El grado de anemia que existe entre esta gente es del 65 por ciento, es decir, ese es el porcentaje de hemoglobina en interior, donde antes carecían por completo de esa comodidad; así hemos demostrado al Gobierno la importancia de esta enfermedad y su modo de curarla; hemos instruído varios jóvenes en los métodos de este trabajo, y resta ahora al mismo Gobierno, interesarse suficientemente para continuar hasta su conclusión lógica, esta campaña. Nuestra misión es más bien hacer estos trabajos preliminares y científicos para ayudar a los gobiernos locales, con el objeto de que cuando esté bien instalado el trabajo, podamos retirarnos dejándolo en manos del mismo Gobierno.

Como esta enfermedad es propagada por la contaminación del suelo, y su eliminación es tan fácil, parece deber del público y especialmente del Gobierno exigir el cumplimiento de reglas científicas, tan sencillas, para acabar con la enfermedad.

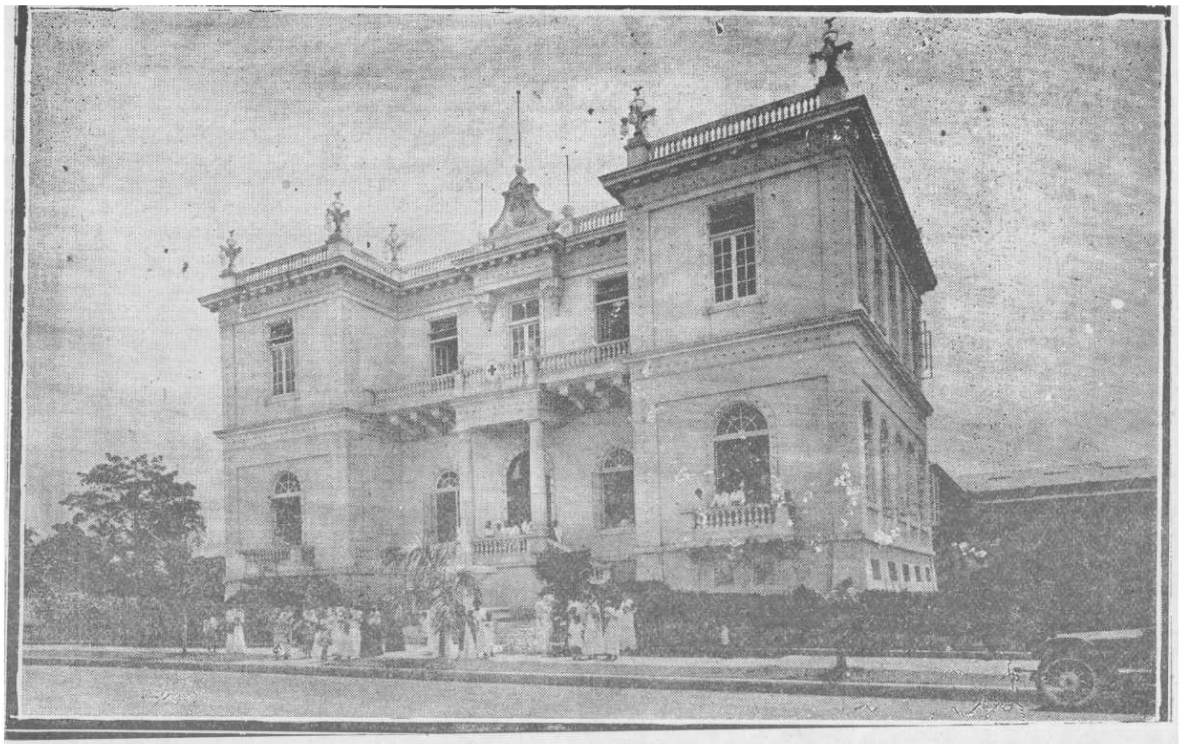
—¿Y cómo podría usted ilustrarnos sobre los resultados eficientes de los trabajos realizados hasta la fecha en Panamá?

—De una manera muy sencilla: una ilustración notable de los resultados de la Sanidad en una región del Istmo, es la Zona del Canal, en que geográficamente incluyen las ciudades de Colón y Panamá; en estos dos pueblos panameños, que entre los dos tienen como 100,000 habitantes, ya casi no existe la uncinariasis; eso es porque con la instalación de excusados en todas las casas, evitando así la contaminación del suelo, no puede continuar la enfermedad.

Casi todos los pacientes que vienen a la Oficina Central en Panamá y que se hallan infectados, son pacientes que vienen del interior o alumnos que van a pasar las vacaciones y allí han contraído la enfermedad.

—¿Fuera de la uncinariasis, no hay otras enfermedades esparcidas en este país?

—Las otras enfermedades principales del interior son las enfermedades normales del país, si se puede usar esta expresión, porque los puertos de entrada en la Zona y en Bocas del Toro, son los únicos donde lle-



EDIFICIO DE LA CRUZ ROJA NACIONAL

El Gobierno ha concedido a esta institución el uso de una de las más bellas construcciones que se hicieron cerca de la capital en la Exposición Nacional de 1915 para celebrar la terminación de los trabajos del Canal.